

Hermanas de Santa Cruz

CAPITULO GENERAL 2017 Segunda Conferencia

Acompañar hasta las últimas consecuencias

Ingresemos juntas-os ahora en esta polifonía de verbos sobre los que ustedes quieren entretrejer su porvenir como un desafío dinámico para su congregación. San Lucas, señala particularmente el rol de “acompañantes” de la comunidad, ejercido por las mujeres discípulas. No se trata de un acompañamiento efímero. El evangelio insiste en el hecho de que ellas acompañaron a Jesús y a la comunidad “hasta las últimas consecuencias” y “desde Galilea”, es decir, de principio a fin, e incluso después. Estas son las dos condiciones que se tomaron en cuenta para recomponer el colegio apostólico y elegir a Matías, luego de la deserción de Judas, en los Hechos de los Apóstoles.

Esta fidelidad infalible de las mujeres se traduce, una vez más, inicialmente en el plano material, a través de la entrega de sus bienes para sostener al grupo; pero también en el plano espiritual: con su “estar con” en los caminos, en el Cenáculo, e incluso, a la distancia permitida, en el Gólgota (lugar, por otra parte, abandonado por los hombres). Finalmente, ellas estuvieron incluso, y sobre todo, ahí, en el momento de la soledad del sepulcro. Presentes desde el nacimiento hasta la muerte, acompañando la cuna (María e Isabel), la mesa, la misión, las crisis, las frustraciones e incluso el fracaso de la aventura evangélica. Acompañándolo todo, ¡absolutamente todo!

Las mujeres jamás estuvieron ausentes en ningún momento ni episodio de la vida de Jesús, mientras que los hombres huyeron y dejaron de acompañarlo en varias ocasiones. ¿Estuvieron presentes en Getsemaní? No se dice. Pero podemos adivinar que ellas, sin duda alguna, sabían muy bien dónde se encontraban Jesús y los 12. Estaban al tanto.

Exploremos ahora esta fidelidad que, desde los inicios y hasta las últimas consecuencias, las convirtió en verdaderas apóstoles.

I Paso a paso, con la mirada fija en el horizonte

Los hombres corren siempre el riesgo del irrealismo. Su entusiasmo es, a menudo, abstracto e ideológico. Cuando el sueño se desvanece, cuando es defraudado, cuando su imaginario se ve vencido por la cruda realidad, su valor y sus convicciones se esfuman en el viento. Así ocurrió luego de las destructivas críticas sufridas por la opción preferencial por los pobres durante el duro despertar postconciliar de la Iglesia.

Esta desmovilización masculina ya se observa varias veces en el Antiguo Testamento: En el Libro de los Jueces, por ejemplo, cuando Barac, general de Israel, pide ir acompañado por la profetisa Débora como condición para marchar al combate (Jueces 4, 4-10); o cuando los

jefes de Betulia, desesperados, piden a Judit que asuma el relevo para vencer al general Holofernes. La actitud de los apóstoles no es, por tanto, ¡realmente sorprendente ni inédita!

Tal como ocurrió con Débora o Judit, la victoria cristiana sobre la muerte de Jesús será privilegio de las mujeres que no se desmovilizarían por las circunstancias y seguirían firmes en su deseo de rendir al cuerpo de Jesús los honores que se le debía, a cualquier precio. En ese sentido, la resurrección de Jesús es una experiencia femenina, no solo porque las mujeres fueron las primeras en experimentarla, sino, sobre todo, porque su fidelidad comprometida “hasta las últimas consecuencias” la hizo posible. Esta afirmación conserva todavía hoy todo su fundamento cuando evaluamos, por ejemplo, la respectiva legitimidad del acceso al sacerdocio tanto para hombre como para mujeres.

Lo que convierte a las santas mujeres en artesanas de la Resurrección de Cristo no es ni el fanatismo militante ni el dogmatismo teológico, sino la permanente articulación que hacen entre lo cotidiano y la utopía. Sin perder de vista la hipótesis de un imprevisto desenlace de los acontecimientos, ellas se preocupan en primer lugar de deberes pragmáticos y éticos inaplazables: el homenaje del perfume derramado en Betania, la preparación de la comida de despedida en la Última Cena, los aromas luego de Pascuas, etc. Su fidelidad al deber de asistir, de ofrecer una hospitalidad sagrada y esplendida (María de Betania), de acoger al otro incluso más allá de su muerte, hace posible el inimaginable porvenir, lo engendran, por así decirlo.

Qué paradoja tan típicamente femenina la de esta pregunta absurda que se hacen las mujeres: ¿quién retirará la piedra? Se trata de un imposible, que lejos de frenar su ímpetu, las alienta por el contrario a una loca confianza, a una apuesta de fe. Esta confianza, esta fe por anticipado, conjugada en femenino, abre el sepulcro: La “pregunta” es condición necesaria para la “respuesta”: ¡Ha resucitado!

Estoy convencido de que para la Iglesia, y para la Vida Religiosa en particular, las mujeres de hoy siguen siendo las que engendrarán al resucitado, mientras el clericalismo patriarcal se enreda en cuestiones doctrinales y de poder sin ninguna expectativa de vida.

II La audacia femenina de la resurrección

La mujer sabe esperar. Ella espera, sin pasividad, el regreso del esposo infiel o alcohólico. Espera, trabajando sin quejarse, al hijo pródigo, al médico para el hijo o hija enfermos, al salario para hacer las compras, a la primavera para plantar las legumbres, al nuevo inicio de clases. Ella está moldeada por su espera en cada concepción y cada nacimiento. Este arte de la espera es el camino regio a la esperanza. Es “esperando” que ella imagina la conversión del esposo o de los hijos, la sanación de su hijo o hija, y el destino de aquél que lleva en su seno.

Pero su sueño no es pasivo ni romántico. Lo construye con sus luchas y sus transgresiones. Porque ella sabe que en este mundo e Iglesia machistas y patriarcales, en los que aún

vivimos, no puede ser verdaderamente libre a menos que transgreda constantemente las reglas impuestas por los hombres. Ella ya experimenta, en su perpetua clandestinidad revolucionaria, la misericordia redentora, el gesto que salvará, la actitud que terminará con el estancamiento político, religioso y social del mundo masculino (ver Judit, Ester, Rut).

Esta fidelidad alternativa, creadora de gestos de piedad y ternura, de audacia y enfrentamiento, es el terreno silencioso y fecundo de la total novedad liberadora que llamamos resurrección. Es con una obstinada negación de las evidencias (la muerte) que ellas inauguran la nueva obra de la vida en plenitud.

Sin embargo, la resurrección es una conversión para toda persona creyente, un cambio de perspectiva sobre la realidad. Esta conversión entra en escena en el capítulo 20 del evangelio de San Juan, cuando él nos describe el triple movimiento de la fe pascual de María en el sepulcro. Concentrada en la ausencia del cadáver, ella se desespera inicialmente por no poder rendirle los honores de la piedad humana. Este enfado la hace hablar por primera vez con aquél que toma por el jardinero. Ella le exige justicia, que le dé lo que le corresponde. Esta no es una tarea fácil en una cultura donde las mujeres no podían acercarse a un cadáver, ni, sobre todo, hablar a solas con un hombre en un jardín cerrado. Su amor transgresor amplía su perspectiva más allá de las normas del decoro.

Pero es al dejarse llamar por su nombre, tal como Eva en el primer día, tal como la Bien amada de los Cantares, que su perspectiva se vuelve portadora del resucitado. Deberá, no obstante, renunciar a la intimidad recuperada de su dulce nombre (no me toques) para asumir la perspectiva resucitadora que se convertirá en la tarea y la misión de la Iglesia: “ve a anunciar a mis hermanos”.

La experiencia del resucitado, tanto para nosotras-os, como para ella y para toda la Iglesia, pasa por este triple cambio y expansión de perspectiva, para convertirnos, por nuestra parte, en testigos “resucitadoras-es”.

No esperemos milagros improbables, pero dejémonos convertir para cambiar la perspectiva sobre nuestra trágica realidad. Tenemos que volvernos agentes de resurrección en el mundo. ¿Dónde debemos transgredir las prohibiciones, los tabúes, o tan solo los hábitos para que nuestra palabra y nuestra acción alcancen las coyunturas de muerte al interior y al exterior de nuestras comunidades? ¿Cómo posicionarnos así en la realidad, para conseguir generar lo radicalmente inédito? ¿Cuáles son las nostalgias de nuestras prácticas rutinarias que debemos abandonar con determinación para explorar los nuevos territorios que nos esperan en la bendita carne de la humanidad?

III Las mujeres en el Cenáculo

¿Qué ocurrió en el Cenáculo entre el Jueves Santo y Pentecostés? Los Hechos nos ofrecen algunos datos importantes. El primero concierne precisamente a la presencia de las mujeres.

Se nos dice también que ellas, junto a otros discípulos y el colegio de los apóstoles formaban, simbólicamente, un pueblo compuesto por 120 personas.

A diferencia de los apóstoles, las mujeres en el evangelio nunca están solas. Siempre están acompañadas, aunque sea por sus hijos y amigos-as; pero también por primos y primas, vecinos y vecinas, tal como fue el caso de María, madre de Jesús. No las imaginamos jamás “solas” en la comunidad. Sus palabras y sus actos se unen siempre a un pueblo diverso en cuyo interior ellas crecen y caminan.

Creo que las mujeres recuperan la palabra en el contexto cerrado y privado del Cenáculo. Ellas se transforman en doctoras del porvenir. Es ahí donde, mientras cocinan o cambian los pañales de los pequeños, alientan a los hombres a releer los hechos. Ellas, que han llevado estas cosas tanto tiempo en su corazón, enseñan a los hombres la meditación, la oración silenciosa, la paciente reflexión que hace madurar la fe y la vuelve apta para el Espíritu.

Imagino estos 40 días en el Cenáculo como un tiempo y un espacio pedagógicos animados por las mujeres. ¿No se parece acaso nuestro tiempo a estos 40 días de perplejidad propicia a la pedagogía femenina? Vida religiosa femenina, enséñenos a releer a través de sus ojos el *Amoris Laetitia* de Francisco más allá de los miedos mezquinos de los escribas. Ábranse y ábranos a los secretos de *Evangelii Gaudium* con el fin de que el Espíritu “por venir” expanda nuestra inteligencia y nuestro corazón a las nuevas dimensiones del mundo humano y de sus llamadas.

Encarnemos juntas y juntos el bello desafío cósmico de *Laudato Si'*, dejándonos impregnar por las aguas lustrales de la misericordia y de la alegría reconciliadora de todo el Cosmos. Prepárenos en el pragmatismo ecuménico cuyo secreto practican en sus barrios, sus escuelas y sus familias, para superar las imposibles condiciones de un catolicismo estrecho y dogmático.

Ayúdenos a comprender los brazos que extiende Francisco a los luteranos, ortodoxos y a las otras religiones, ustedes que saben cómo reunir en la misma mesa a sus hijos-as, santos y pecadores, vecinos y transeúntes, sin discriminación.

Sin ustedes, todas las cosas buenas que la Iglesia propone por boca de Francisco no podrían madurar en nosotros-as. Sin ustedes, no podríamos vencer el absurdo temor que prefiere la muerte propia del *status quo* y de las exclusiones seculares a la vida arriesgada del Espíritu. Sí, nuestro tiempo es el tiempo del Cenáculo en el que, gracias a ustedes, vivimos la paciente gestación del Espíritu.

Considero que todos los gestos y palabras de nuestro papa profeta son el alimento preparatorio de este Pentecostés que podemos encarnar juntos y juntas. Pero debemos prepararlo en el silencio de la oración y del diálogo interno reinventado.

Si lo portamos juntos-as, el Espíritu pronto emergerá en la maravillosa y caótica diversidad de las culturas, de las confesiones y de las religiones.

Ustedes que saben lo que significa la gestación, ábrannos a este secreto del Espíritu. De esa forma, el nuevo Pentecostés, prometido en el Concilio, y postergado indefinidamente desde entonces, podrá engendrarse desde el interior (oración, meditación, diálogo), e irradiar hacia el exterior como una Buena Nueva ya incubada que, sin embargo, como todo nacimiento, nos excederá totalmente.

Perturben por favor la Iglesia, atrévanse a contrariarnos, a cuestionarnos todo desde su fe conjugada en femenino. Pero, para que esto suceda, renuncien también a sus miedos, a sus sumisiones al clericalismo fácil y ambiguo; para unirse a la profecía de Pentecostés, ya cercana a nuestras puertas. De ustedes, en principio y esencialmente, depende el porvenir de la Iglesia y, por tanto, del reino. La otra palabra, la de los clérigos, está muerta desde hace mucho tiempo. Ya no tiene savia para renacer, a menos que ustedes vuelvan a plantar la higuera desechada de la ley en el suelo fecundo del Evangelio.

No obstante, en este Cenáculo contemporáneo y fecundo de porvenir veo también riesgos. El primero sería quedarse en la ignorancia frente a la complejidad de los desafíos que el mundo nos plantea. Una Vida Religiosa ignorante, sin formación teológica, espiritualmente superficial e infantil, se arriesga a caer en las trampas más desastrosas.

Identifico particularmente dos riesgos que nos amenazan. El primero se relaciona con el *New Age* y su fundamentalismo mágico. Esta tentación está muy presente en la vida religiosa femenina. Constituye una seducción fácil y sentimental que nos exime de reflexionar sobre el presente con rigor intelectual. Es un callejón sin salida que nos debemos denunciar mutuamente.

Pero existe también la tentación inversa: regresar a los viejos discursos y al viejo simbolismo conservador. Los signos y discursos de una pseudotradición están en proceso de reconquistar la Iglesia y afectan ya profundamente a algunas y algunos de nuestros miembros en la Vida Religiosa. En este caso el remedio también se encuentra en una buena formación teológica y un sólido arraigo espiritual en la verdad mística, y no en complacerse en un fundamentalismo inepto, originado en los triunfalismos “nacional-católicos” del siglo pasado.

IV Un nuevo Pentecostés de la Vida Religiosa

Lo que está en proceso de madurar en la discreción de las gestaciones, es un fuego purificador. El ardiente amor por Jesucristo, por su Iglesia y su reino, es la única fuerza verdadera capaz de acabar con nuestros miedos y con los recovecos de nuestras dudas.

Tal como hizo Teresa del Niño Jesús, tras vivir tantas dudas y angustias, debemos releer el himno a la caridad de la Primera Carta a los Corintios, 13. Para la Vida Religiosa, inmersa en

el corazón de la Iglesia, esto implica ser amor, ni más ni menos. No disolveremos las dudas y las perplejidades de nuestros tiempos con magia. Debemos convivir con ellas de forma cada vez más honesta. Pero solo el amor podrá llevarnos más allá de nuestras parálisis.

La opción por el amor y solo el amor nos incita a replantear nuestros compromisos, nuestras presencias y nuestras pastorales a la luz de esta elección exclusiva. Pero, antes de nada, nuestras comunidades necesitan purificarse y recrearse, resucitar con el vigor de: “solo el amor”.

Este amor carismático nos permite aproximarnos al otro en sus diferencias, en su enigma y en su misterio. El amor es el don de las lenguas de Pentecostés. Es un bello desafío para su capítulo y para su futuro, armonizar todas sus acciones y sus relaciones al compás del Himno a la Caridad, y rechazar todo aquello que, aunque haga mucho ruido, no es otra cosa que “platillo que resuena”.

Desde esta perspectiva, nuestra única misión es enseñar y aprender a amar: escuelas de paz, de perdón y misericordia, de diálogo y escucha. Es ahí donde el Espíritu nos espera. Hemos tenido tiempo, durante estos últimos años de crisis, para evaluar todo aquello que consideramos eterno, absoluto e inexorable: las expresiones de nuestra fe, de nuestra profecía, etc., etc. Solo el advenimiento del amor, dondequiera que estemos arraigadas-os y comprometidas-os, tiene la oportunidad de perdurar y de dar fruto.

Simón Pedro Arnold, OSB